

Simbiosis, repeticiones: los registros de la memoria

Esta *literatura sin pasado* plantea, en primer término, el compromiso de rescatar esa literatura ausente, la memoria de esos textos borrados, destruidos, antes aún de que fueran escritos.¹

A este trabajo le interesa subrayar la manera como está articulado el problema de la memoria en las narraciones de Augusto Roa Bastos. El caso paradigmático que se ha elegido es el de «Nonato» que se analiza en confrontación con otros de los cuentos incluidos en el volumen *Moriencia*². En este sentido, «Moriencia» (el primer cuento de la serie) puede servir para ilustrar una memoria actualizada en un sentido inverso a la de «Nonato»³. En principio y, adelantándonos a algunas notas del estudio, se puede reflexionar, por un lado, sobre la memoria como aquello que involucra una mediatez respecto de lo ocurrido (lo que se recuerda) y de allí las ver-

¹ Véase Augusto Roa Bastos, «La narrativa paraguaya en el contexto de la narrativa hispanoamericana actual», en Augusto Roa Bastos y la producción cultural americana, ed. Saúl Sosnowski (Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1986), pp. 128-129. El mismo texto de Roa Bastos se encuentra en *Augusto Roa Bastos: Actas del Coloquio Franco-Alemán, Düsseldorf*, 1-3 de junio de 1982, ed. Ludwig Schrader (Tübingen: Niemeyer, 1984), pp. 1-11. Hay algunas diferencias entre los dos textos.

² Augusto Roa Bastos, *Moriencia* (Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1984). Todas las citas subsiguientes hacen referencia a esta edición. Hay alguna reflexión sobre el problema de la memoria tal como aparece en los cuentos de Roa en Enrique Marini Palmieri, *Apuntes para la lectura de la «Antología personal» de Augusto Roa Bastos* (Paris: Service des Publications de la Sorbonne Nouvelle, 1985), pp. 44-48 y 51-61.

³ Se trata, por supuesto, de dos casos paradigmáticos. Es claro que pueden aducir otros ejemplos, como «Bo-

rrador de un informe», «El y el otro», «El aserradero» —y salvando las diferencias entre unos y otros—. La confrontación de perspectivas diferentes desde el punto de vista de la narración —como así también el doblaje de los textos—, ha sido ya bastante estudiada. Véanse al respecto, las agudas reflexiones de Alain Sicard en su «El texto y su doble en algunos incipit de *Moriencia* de Augusto Roa Bastos», en *Augusto Roa Bastos: Actos del Coloquio...*, ed. cit., pp. 59-67; también Carlos Pacheco, «La binariedad como

modelo de concepción estética en la cuentística de Augusto Roa Bastos», en *Las voces del karai: estudios sobre Augusto Roa Bastos*, ed. Fernando Burgos (Madrid: EDELSA, 1988), pp. 155-162; asimismo y en el mismo volumen, véase Mercedes Gracia Calvo, «El punto de vista y la perspectiva en los cuentos de Augusto Roa Bastos». Pueden además consultarse las reflexiones de David William Foster en su *Augusto Roa Bastos* (Boston: Twayne Publishers, 1978), especialmente las pp. 69-90.

siones disímiles sobre los hechos; por otro lado, el cuento «Nonato» ejemplifica un movimiento que diluye la memoria presente en la mayoría de los cuentos (aquí representada por la memoria de la madre del protagonista) en el recuerdo que se identifica —por así decirlo— con el hecho sucedido. El registro de simbiosis que se manifiesta en este cuento es el que me interesa destacar.

A la proliferación de versiones que se ofrecen al lector respecto del hecho de la muerte de Chepé Bolívar en «Moriencia»:

—Chepé murió cuando llegaron las tropas el año de la creciente grande. Murió en el tiroteo.

—No murió de bala —digo—.

—Hubo quien dijo que del susto por la balacera y hubo quien dijo que de una bala perdida. Pero eso no fue verdad; tiene razón usted. El telegrafista murió porque ya tenía que morir nomás. Había estado esperando su muerte demasiado tiempo. (pp. 18-19)

se opone la unicidad de lo que se cuenta en «Nonato». El hecho que se recuerda es siempre el mismo hecho:

Lo que sí cuentan son esos recuerdos de antes de nacer, que no salen ni por descuido de la memoria, de puro porfiados. Ahora que lo que para usted son recuerdos, para mí no lo son; lo que para usted ha sucedido *una vez*, para mí vuelve a suceder una y otra vez, de la misma manera, sin descanso. (p. 28)

El personaje refiere una y otra vez la misma escena de violencia: la llegada de los soldados, la muerte del loro, la violación de la madre embarazada. Su relato está enmarcado por la frase temporal, «(t)odas las mañanas» (p. 28): algo que «sucede» todos los días y que no deja de pasar. El pasado está aquí siempre presente; es presente, o mejor, presencia.

La historia de Chepé Bolívar subraya los hiatos que inaugura la memoria en el relato de los hechos, la variación que impone la fragmentariedad —por la lejanía temporal respecto de los hechos— de todo recuerdo⁴:

La vieja palabrera lo mezclaba todo ahora, con el apuro de que se le fueran a enfriar los recuerdos; con el antojo de querer parar tal vez la vida que también a ella se le iba por la boca en contar la larga muerte de Chepé Bolívar. (p. 21)

Un poco más adelante, incluso el narrador mismo refiere:

Eso [el maestro destejando solo la hebra negra del no-ser] lo pienso ahora. Puede que no sea así; que a mí también me está traicionando la memoria. (pp. 21-22)

Por el contrario, el personaje de «Nonato», para el cual el recuerdo no está distanciado, ni tampoco constituido a partir de la pérdida, afirma:

Con todo respeto le digo que para mí eso [acordarse de lo que le ha sucedido a uno mismo; desde que se tiene uso de razón] no es recordar sino olvidar. Yo no recuerdo esas cosas con la razón; usted misma dice que soy medio ido de la cabeza. Yo siento esas cosas en la punta del ombligo; aunque cierro los ojos las veo: *están ahí*. (p. 32)

⁴ Para una interpretación lúcida sobre la memoria «colectiva» en tanto falsificación en *Moriencia*, véase el libro de David William Foster, Augusto Roa Bastos, ed. cit., pp. 71-73. Desde otro ángulo, es posible señalar una confluencia, sin embargo —y salvando las distancias entre los relatos—, entre los personajes de los dos cuentos mencionados. Tanto *Nonato* como *Chepé no son capaces de olvidar. Chepé «muere» en el momento de su confrontación con las tropas: «No durmió un sólo día desde entonces. La víspera de la muerte le duró veinte años»*. (p. 21) *Este hecho (que se repite en otra variante en el relato «Cuerpo presente» —otra versión de la muerte de Chepé—*, p. 63 y pp. 68-69), simboliza la imposibilidad de olvidar, de descansar de la violencia del recuerdo. La memoria de *Chepé* sugiere, desde este punto de vista, la antípoda del recuerdo en tanto olvido (la transformación del hecho en innumerales variantes alejadas siempre del hecho «original»).

Ausencia de olvido (o de recuerdo como pérdida —y en la punta del ombligo—⁵ sensorial de los hechos pasados a los que se denomina «cosas», «asuntos» (p. 31). Acaso, ausencia de razón y de ahí el nombre que le han dado al personaje: «Nonato» (p.27). Sobrenombre cruel que hace eco a las otras afirmaciones que, supuestamente, profiere la madre respecto de él: «temático», «cabeza hueca» (p. 25), «zonzoz», «chico destetado al apuro» (p. 29); «medio ido de la cabeza», «rebotado» (p. 32); etc. Estupidez y compulsividad a repetir se unen en el personaje de acuerdo con la descripción que éste nos da de las palabras de su madre.

Aunque hagamos caso omiso del discurso del otro (la madre), referido por el personaje-narrador, es obvio el hecho de que su vida se configura como repetición de lo mismo. Obstinción de los recuerdos (que asumen la materialidad de «cosas», «asuntos», no fragmentos de algo perdido para siempre) que tiene su homólogo en los gestos casi rituales que lleva a cabo Nonato una y otra vez: el redoble de su tambor (p. 25; p. 27, p. 29, p. 30); su inmersión en el agua para «oir pasar el retumbo del tren» (p. 27 y al final p. 35); los coscorriones que recibe de la madre (p. 31) y que él mismo repite (en otra variante) golpeándose (p. 31); su miedo a los recuerdos que se comen a los bichitos de luz que él colecciona (pp. 26-27)⁶; su mirar al sol para «quedar(se) ciego del todo» (p. 27)⁷ cuando la madre se va al pueblo. No en vano la narración está dada en el tiempo presente; tal artificio confiere a los hechos que se refieren la cualidad de lo repetido, por habitual⁸.

Repeticiones que confirman lo mismo versus las repeticiones del relato sobre Chépé Bolívar que terminan por alterar el hecho: transformar la cobardía en heroísmo⁹.

⁵ Extrapolando estas afirmaciones al plano psicoanalítico, podrían afirmarse un par de cosas. Por un lado, es obvio (véase más abajo) que el personaje, al permanecer unido a la escena de violencia —y de violación—, sigue unido a la madre. Los ejemplos que pueden aducirse respecto de esta simbiosis son numerosos: el arrellanarse en «lo feliz» de los recuerdos, p. 27, también presente en la p. 30; el encerrarse en el «socavón del barranco», p. 27 y en pp. 29-30 —en otra variante—; las alusiones a la vida intrauterina, p. 27, 29, 30 —dos veces en esta página—, 32. Por otro lado, este hecho, determina su necesidad de volver

—metafóricamente— al claustro a través de la final inmersión en el agua del río, pp. 34-35.

⁶ Este elemento está presente en el temprano cuento de Roa Bastos, «Lucha hasta el alba». Véase Antología personal (México: Nueva Imagen, 1980), pp. 187-194, especialmente pp. 188-189. El texto ha aparecido en ediciones anteriores.

⁷ Véase la similitud entre este gesto del personaje y el del cuento «Bajo el puente», p. 49: «Estoy tendido en la arena, boca arriba, para que el sol me coma los ojos». En ambos casos, la violencia del hecho, la violación («Nonato»), la de la

posible castración («Bajo el puente»), determinan la decisión del personaje de volverse ciego para no asistir a la repetición de lo mismo (el hecho que lo ha llevado a esa situación). Es evidente el entrelazamiento temático, estructural, etc. de los distintos cuentos de la serie, hecho que ya ha sido notado por la crítica en repetidas ocasiones. El autor mismo declara que los cinco primeros («Moriencia», «Nonato», «Bajo el puente», «Ración de león» y «Cuerpo presente»), «(f)orman parte de un ciclo en curso que ha acabado por desbordar en una novela, aún inconclusa [Contravida]». (Moriencia, ed. cit., p. 13.

⁸ Nótese que los «recuerdos» de Nonato se refieren siempre en tiempo presente; la madre —para la cual lo sucedido está ubicado en la dimensión del pasado— emplea, en cambio, el tiempo imperfecto (pp. 32-33). El único momento de la narración en que el personaje emplea el tiempo futuro (o la perífrasis de sentido futuro) se actualiza al final. El momento de la muerte se configura así, para él, como la posibilidad de cambio (de cierre de la repetición) y de ahí el futuro.

⁹ Véase al respecto, David William Foster, *ibid.*, pp. 69-73.

¹⁰ Véase la nota 8. Se trata, en efecto, de una memoria a contrapelo de la del Supremo. El poseer un «archivo» perfecto de los hechos no detenta poder sino pura impotencia. El pasado se padece en un presente ilimitado, de recuerdos que son «los perros flacos de la memoria» («Bajo el puente», p. 47), siempre presentes sobre la huella de lo que se fue.

¹¹ En algún sentido «Nonato» podría verse como una alegoría del Paraguay —, incluso, de Latinoamérica—. Países sujetos a una lenta muerte —repetición de lo mismo— y que, a la vez, siguen intentando salir hacia la posibilidad de otra vida. Tierras no nacidas todavía, que no acaban de comenzar su «historia», cuando comienzan a sufrir la repetida devastación. Véanse las afirmaciones hechas por el autor en el ensayo antes citado, «La narrativa paraguaya en el contexto de la narrativa hispanoamericana actual», ed. cit., pp. 119-138. En todo caso, la memoria que aquí opera es la del recuerdo marcado por una violencia originaria, presente antes del nacimiento. Podría extrapolarse este sentimiento de Roa al que se encuentra presente en los textos de Octavio Paz (en especial El laberinto de la soledad y Posdata) y de Carlos Fuentes (sobre todo La muerte de Artemio Cruz). En el origen de México está la violación, la sangre que sólo repite la otra sangre de la historia precolumbina.

En «Nonato» nada cambia, porque la memoria no transforma los datos sino que los mantiene inalterables. El recuerdo-episodio permanece siempre idéntico, totalmente indiferente (y desasido de) toda posible represión que pueda ocultarlo, al menos temporalmente. Y allí, moriencia: muerte y memoria unidas de manera que lo que se recuerda es muerte por causa de persistencia, por causa de su igualdad. Lentitud del padecimiento de los hechos para aquéllos en los que no puede existir el olvido. La única posibilidad para que esto ocurra y se actualice el cambio (la metamorfosis que es pérdida del hecho), es la muerte final¹⁰.



Todo el relato está dado desde la perspectiva de un narrador-personaje que no puede dialogar con el otro (la madre), y que éste le impide hablar sobre el recuerdo. Matar el recuerdo es aquí matar el diálogo, y a la inversa. El que habla se habla a sí mismo, le habla al sordomudo del pueblo (pp. 27-28), le cuenta sus recuerdos a las paredes, a los objetos mudos:

(M)e quedo hablando conmigo mismo para adentro. (...) Me abrazo a la pared, aplasto la boca contra el revoque y las siento moverse en el aliento con gusto a cal, a cucarachitas rubias. Yo las masco un poco y las dejo subir rengueando. (p. 25)

El único destinatario deseado de la interlocución es la madre que lo silencia: la depositaria real del hecho. El otro, el que habla, no debe recordar; lo que recuerda no debe pertenecerle porque le ha pasado al cuerpo que le albergaba. El recuerdo, en la opinión de la madre, es intransferible, no puede pertenecer ni ser reavivado por la voz del otro —del hijo—, del que no tenía voz (lenguaje) antes de nacer. Ella ha decidido reprimir (silenciar/transformar) el hecho y, al hacerlo, cancela la fidelidad del recuerdo como hecho (p. 25, p. 26, p. 29, p. 31, p. 32). La diferencia entre las dos memorias anula la posibilidad del diálogo¹¹.

La materialidad del recuerdo en el niño excluye la virtualidad de la interlocución. Exclusión del otro en el hecho; no participación: silencio. La cancelación del posible diálogo sobre la base del recuerdo-hecho, tiene su homólogo en la anunciada muerte del personaje que volverá así a la masa indiferenciada del recuerdo sin nombre (la nada).

Moriencia: morir-recordar, pero también en el sentido de silenciar lo que no acaba de nacer o lo que nació antes de tiempo. Silencio de lo nonato: de lo que alberga recuerdos que no puede olvidar porque proceden de una instancia anterior a la vida. ¿Puede hablar o recordar el (lo) que no ha nacido? ¿Puede hablar Chepé Bolívar, que está ya muerto (aunque no ha acabado de morir, como pasa —*mutatis mutandis*— con los personajes de *Pedro Páramo*)? Muerte lenta o salida lenta hacia la vida: nadie quiere escuchar un pasado que ha sido, nuevamente, «nonato», el que debe volver al agua de donde salió, el silencio de las abejas:

(M)e voy al socavón, a encerrarme en el doble retumbo del tambor y de la correntada. Por un agujerito de la cueva entra un rayo de sol, metiendo en lo oscuro un coco-